

“Portrait of the Lion”

Por Juan Corull

Entre toda la producción ellingtoniana, destacan por su carácter anecdótico —aparte del indiscutible valor musical— las obras que llevó a término durante los años 1939 y 1940, las cuales llevan el sobrenombre de «Retratos». Son éstas unas realizaciones dedicadas a ensalzar los méritos de diversas personalidades de la raza negra que han destacado en una forma u otra en la música, teatro o la danza.

Al escoger Duke Ellington a las diferentes figuras que deberían integrar este grupo tan interesante, lo hizo con sumo tacto y discreción. Encontramos formando parte de este conjunto de artistas a Freddy Jenkins, elegido por su indomable espíritu de trabajo y sacrificio. Tampoco podía faltar Bill Robinson, notable elemento consagrado a la danza, que ha popularizado en grado sumo los bailes de su raza. Bert Williams representa la aportación de los negros al arte de Talía, y tiene bien ganado su puesto en esta antología ellingtoniana de celebridades de color. Tampoco podía quedar en el olvido el indiscutible intelecto de la nueva generación, consagrada al arte de los sonidos; y Billy Strayhorn era el más indicado para representar a los músicos negros modernos, conocedores de todos los secretos de la técnica.

Sin embargo, para coronar debidamente esta serie de producciones, había de estar representada la persona que había ayudado y aconsejado a Ellington en sus primeras incursiones en el campo del profesionalismo; ésta no era otra que Willie Smith «The Lion», amigo y maestro de los tiempos difíciles.

Duke Ellington recuerda en su «Portrait of the Lion», aquellas noches del año 1923, cuando entraba en el Capitol a escuchar y deleitarse con su músico predilecto; famoso ya por aquel entonces, tanto por su valentía demostrada en el campo de batalla de la finida contienda mundial, como por su calidad indiscutible de pianista de fuste. «Era el ambiente más grande del mundo», dice Ellington cuando se acuerda de las noches pasadas en el local de Lenox Avenue.

Por aquel tiempo ejecutaba ya «El

León» en un estilo delicado, con una gran cantidad de escalas bonitas e inesperadas; el tiempo siempre era el mismo. El estilo de interpretación de Willie Smith, causó enorme impresión en Duke Ellington; tanto es así que aún hoy en día tiene cosas del viejo maestro.

«The Lion» tocaba en el Capitol para ganarse la vida, pero en cuanto terminaba con su obligación diaria, se unía a Fats Waller, James P. Johnson y Duke, para recorrer las calles de Harlem en busca de alguna casa en donde se diera una «Rent Party» o «Parlor Social», nombres que designan a una vieja costumbre de las masas negras, según la cual cuando una familia no puede pagar el alquiler organiza un baile en su domicilio,

con entrada de pago, a fin de recaudar el importe de la renta.

En estos lugares era donde generalmente organizaban aquellas célebres batallas pianísticas, en las que daban rienda suelta a sus genuinos y sencillos instintos creadores.

Duke Ellington, hombre sumamente atento con sus semejantes, rinde homenaje en «Portrait of the Lion» no tan sólo a uno de los pioneros de la música de jazz, sino al amigo desinteresado que lo guió en sus primeros pasos.

Willie Smith «The Lion» se siente orgulloso de la gloria alcanzada por su antiguo discípulo; por eso cuando alguien le pregunta su opinión sobre Ellington responde invariablemente: Este es mi ídolo.



Willie “The Lion” Smith